

El problema del Estado frente al asunto posmoderno

Adrián Rivera Flores¹

Universidad Nacional
Autónoma de México

adrian_FRF@hotmail.com

México

The problem of the State in the face of the postmodern issue .

Recibido: 29 de julio de 2024

Aceptado: 12 de septiembre de 2024

Resumen

En el presente ensayo se realiza un balance histórico de los procesos político-sociales y culturales que explican el fenómeno neoliberal con el objetivo de identificar, a la par de su desarrollo, el origen de movimientos sociales, intelectuales y políticos vinculados con el posmodernismo. Se pretende, con lo anterior, proponer una lectura histórico-política que contribuya a identificar los encuentros y equidistancias entre el posmodernismo y el modelo neoliberal que contribuya a la interpretación del Estado y su lugar en el momento histórico actual.

Palabras clave

Neoliberalismo, posmodernismo, Estado, movimientos sociales.

Abstract

This essay presents a historical overview of the political, social, and cultural processes that explain the neoliberal phenomenon with the aim of identifying, alongside its development, the origin of social, intellectual, and political movements associated with

¹ Licenciado en historia por la BUAP (Puebla), maestro en filosofía por la UNAM, realiza investigaciones en teoría de

la historia, historia intelectual, historia de las ideas, teoría crítica en América Latina y marxismo latinoamericano. Ha participado en la REDDIEH (Red de Especialistas en Docencia, Difusión e Investigación en Enseñanza de la Historia).

postmodernism. The intention is to propose a historical-political reading that helps to identify the convergences and distances between postmodernism and the neoliberal model, contributing to the interpretation of the State and its place in the current historical moment.

Keywords

Neoliberalism, postmodernism, State, social movements.

Introducción

En los últimos años, el tema del Estado ha adquirido un lugar peculiar de cara a las propuestas políticas emanadas tanto de la izquierda, como de la derecha, categorías ya de por sí difusas para explicar una determinada realidad política; hemos decidido utilizarlas, como ejes que matizan proyectos y aspiraciones de diversos sectores sociales. Lo que intentamos en el siguiente ensayo, es presentar una problematización crítica acerca del Estado de cara a una lectura del pasado reciente que explique las condiciones más o menos actuales de interpretación y qué problemas representa el asunto estatal.

Si bien, no es nuestra intención sumergirnos en los debates de la filosofía política en torno a la definición de Estado, sí que diremos que lo entendemos como garante de la gobernabilidad. Para el caso, nuestro interés está concentrado en el horizonte histórico social que supone el proceso neoliberal y el desarrollo del pensamiento posmoderno. Así como el lugar que tiene o puede tener de cara a las nuevas culturas políticas.

¿Neoliberalismo posmoderno?

Luego de la caída del muro de Berlín, los horizontes políticos se vieron inmersos en una suerte de deriva, más señalada en el caso de las izquierdas que en las derechas (Traverso, 2018, p. 58). La carencia de un sustituto que tomara el lugar de la promesa socialista acarreó consecuencias más profundas de lo que puede pensarse. No sólo se trataba de la falta de un horizonte utópico, el sujeto de la historia al que estaba dirigido dicho horizonte también se vio difuminado. Un abanico de alternativas de izquierda emergió, mismo

que, si bien, no se distanciaba del todo del discurso contra la desigualdad, éste no representaba ya el eje principal de sus programas.

Las identidades plurales pasaron a sustituir al sujeto desposeído de la modernidad. Esto se dio en un contexto de historia de las ideas muy peculiar. Pues, a partir de los años 60 del siglo pasado, en la filosofía comenzó a popularizarse un discurso que alentaba la atención a las diferencias y la subjetividad, emprendía una fuerte crítica a los llamados grandes relatos y propulsaba una renovada reflexión más cultural y menos económica y estructural. Además, la política económica también sufrió una reconfiguración. En ese mismo periodo el Estado de bienestar estaba entrando en un proceso de sustitución. Lo que había iniciado como una suerte de improvisación en la posguerra, con el Plan Marshall en Europa, se veía ahora desplazado por un modelo digitado también en las aulas de Cambridge: el neoliberalismo. El Estado benefactor tuvo un papel trascendente en el contexto de la Guerra Fría, se presentaba como una alternativa a la promesa socialista en un continente destruido, donde el comunismo amenazaba con apoderarse de las débiles naciones que participaron en la contienda. Se trataba de un capitalismo con “rostro humano” (Hinkelammert, 2016, p. 38) que ponía el acento en lo público y la seguridad social acompañado de un paternalismo acentuado. Se trató, además, de la época de apogeo de los llamados “populismos clásicos”: el cardenismo en México, el varguismo en Brasil y el peronismo argentino. Cerutti y Ogarrio señalan que este auge coincidió también con cierta inclinación a la disminución de tendencias socialistas en el ámbito político (Horacio Cerutti-Guldberg, 2021, p. 70). Como sea, actores bien delineados y objetivos muy identificados poblaban el panorama político, el papel del Estado como gestor y la impronta de los desposeídos de hacerse con su control formaban parte de los proyectos emancipatorios. En cuanto a la derecha, el control del aparato estatal, a través de organismos empresariales o poderes fácticos, deja ver que este tenía también un papel muy claro en sus programas.

El proceso de sustitución del modelo económico se dio de maneras distintas en Europa y América, mientras que para el viejo continente el cambio fue, digamos, más o menos paulatino, en nuestra región el proceso se llevó a cabo, en muchos casos, precedido de un momento de violencia y autoritarismo. Las dictaduras

militares heredaron, las más de las veces, políticas de privatización y enajenación de bienes nacionales luego de sus caídas. Además, muchas de ellas dejaron tras de sí unas endebles democracias cuya inestabilidad fue el sello durante décadas. Alain Rouquié señala:

Sin embargo, el movimiento pendular de retorno a la normalidad constitucional nunca fue completo. No significa la victoria absoluta de la democracia: las “democracias restauradas” no son regímenes totalmente representativos como los otros. Son las herederas de las dictaduras, cuando no sus prisioneras. (Rouquié, 2011, p. 15)

Ahora bien, una de las características del modelo neoliberal, aparte del abandono de una colaboración con los capitales nacionales, fue una profunda transformación en la política de extracción de materias primas. Allí donde existían recursos de primera necesidad, firmas comerciales buscaban su aprovechamiento directo, ya no comprándolas a capitales locales. Para ello se requería una opacidad y pasividad por parte del Estado, así como la no intervención de agentes sociales con arraigo a los territorios de extracción (Calveiro, 2021, p. 31).

Pensando en nuestro caso, la política neoliberal comenzó a entrar a través de reformas y recortes presupuestarios desde principios de los años 80. Durante al menos tres décadas, se llevó a cabo un desmantelamiento de los logros de la Revolución Mexicana, hasta la década del 2000, se maquinó un ataque frontal contra el conocimiento humanístico donde la historia y la filosofía se vieron amenazadas en la educación preparatoria y universitaria. Este episodio, me parece, ejemplifica muy bien la manera en que opera el neoliberalismo frente a sus pretensiones de saqueo de recursos materiales primarios; apostar por el desarraigo de una sociedad con su historia, con su identidad, con sus lugares de origen. Sergio Zermeño lo ilustra de la siguiente manera:

[...] la integración transnacional ha representado un severo desmantelamiento de esos actores con cierta consistencia que los países con más fuerte mestizaje de la América Latina habían venido construyendo, con muchas dificultades, durante el proceso de urbanización e industrialización entre 1940 y 1980 (etapa sustitutiva de importaciones). En otras palabras:

lo que a partir de los años ochenta se llama en México modernización (definida como modernización y competitividad transnacional) ha resultado un ataque furibundo contra los actores de nuestra modernidad [...] (Zermeño, 1996, p. 11)

Para lograr lo anterior, el modelo neoliberal propulsó una ideología individualista, hizo uso de agentes políticos corruptos, con intereses financieros en sus negocios, presionó para que el Estado desincorporara servicios que antes garantizaba como la salud y la educación. Buscó, asimismo, la privatización de bienes naturales y energéticos como parte de su programa. En el terreno ideológico, priorizó la educación técnica relegando a las humanidades y al pensamiento crítico.

El abandono del Estado benefactor tuvo implicaciones cuyas consecuencias, aún hoy, resultan difíciles de mesurar. No sólo se trató de un simple cambio de política económica cual si de un enfoque de las finanzas públicas se tratara. El proceso de desmantelamiento llevado a cabo por el neoliberalismo, en su búsqueda por eliminar toda regulación estatal, dejó a merced a los sujetos sociales a las normas del mercado. Su seguridad social, educación, salud, así como sus derechos laborales fueron entregados a la lógica comercial privada. Sobre este punto, Pilar Calveiro señala:

Esta sujeción ambiental está dada por las propias características económicas y políticas de la gubernamentalidad neoliberal, que propician a un sujeto a su imagen y semejanza, un “autoemprendedor” individual y aislado, empresario de sí mismo y presa del espejismo de una libertad de elección que no posee. (Calveiro, 2021, p. 17)

Bajo este esquema, en la educación se priorizó el pensamiento empresarial la capacitación para el trabajo técnico y se emprendió una cruzada contra las humanidades. Al fin de cuentas, el pensamiento histórico-crítico resulta poco provechoso para un modelo cuya premisa es el abandono de las comunidades y, con ello, de los recursos naturales a explotar. En sólo un par de décadas, una generación nueva de personas se enfrentó a un panorama global, político y económico muy distinto a aquellos que aún asistieron a las políticas del modelo benefactor, muchas de ellas como resultado de conquistas, luchas sindicales, obreras o campesinas.

Más aún, esta nueva generación se encuentra inmersa en un bombardeo mediático que pondera el individualismo, el emprendimiento, en suma, el libre mercado como única alternativa de desarrollo personal, las más de las veces, orientado a la riqueza material y monetaria (Davies, 2016, p. 136). El golpe a las humanidades ha profundizado esta situación, pues se asiste, también, a una severa crisis de conciencia histórica donde, las luchas sociales, las organizaciones laborales y la confrontación al Estado, a la manera de los años setenta, se ve muy lejana y la promesa de una sociedad no capitalista, no basada en la explotación del ser humano, se encuentra ausente.

Presentismo es el término con que el historiador francés François Hartog ha denominado a este fenómeno histórico (Hartog, 2003). Se trata de un distanciamiento del pasado identitario y una carencia de alternativas, si queremos, utópicas en lo que respecta a las expectativas a futuro. Encerrando al sujeto en un presente de derivas e incertidumbres, de tendencias pasajeras, de imposibilidad de fincar de manera concreta el proceso en el que estamos insertos, cómo surgió, porqué pensamos de la manera en que lo hacemos y cómo podemos enfrentarlo o de qué manera buscar alternativas de cambio.

El ataque frontal a las mencionadas conquistas laborales y políticas, su socavamiento, se tradujo muchas veces en la fragmentación del sujeto de la historia que los protagonizó, el proletariado, el desposeído en general. En esta difuminación, con el individualismo empresarial como modelo de nuevo sujeto competitivo, el discurso laboral, económico y estructural perdió preeminencia, no sin ayuda de la ideología técnica que menospreciaba el pensamiento crítico e histórico. Ahora, un abanico de identidades suplantó el discurso reivindicativo con programas y exigencias no necesariamente vinculadas con un anticapitalismo como prioridad prístina, antes bien, si lo recuperaban, era sólo de manera superficial, discursiva, casi ornamental.

¿Posmodernismo neoliberal?

En los últimos tiempos hemos asistido a la conformación de un entorno complejo en lo que se refiere a la situación política a nivel

global en general y en nuestra América de manera particular. Por pocos es negado que tras la caída del muro de Berlín y el derrumbe del “socialismo real” el panorama político se reconfiguró de tal manera que se hizo poco claro saber cuál era la alternativa que los movimientos por la emancipación debían tomar.

Como señalan algunos autores, quedó cada vez más patente que nos encontramos ante un contexto post-ideológico, en la medida en que los dualismos izquierda-derecha, comunismo-fascismo, se difuminaron a tal grado que, actualmente, incluso en términos conceptuales, tales palabras parecen cascarones vacíos en el terreno de la militancia activa, así como del análisis teórico (Žižek, 2010, p. 11).

Esto se deja sentir también en el ámbito de las ideas, pues el concepto “conciencia de clase”, que marcó buena parte del horizonte de lucha durante prácticamente todo el siglo XX, poco representa hoy de cara a la multiplicidad de frentes reactivos a la opresión capitalista, la descomposición del concepto se debe en gran medida al triunfo del modelo neoliberal, primero sobre el bloque socialista, segundo: sobre el “Estado de Bienestar”, como primera forma con que occidente buscó implementar alternativas de distribución, dentro del marco capitalista, que compitieran con lo que la promesa comunista podía ofrecer. En ese sentido, Enzo Traverso señala:

La cultura tradicional de izquierda, que consideraba a la clase obrera como sujeto social y económico, motor de un proceso de emancipación a cuyo alrededor podían congregarse otras capas de la sociedad, ya no corresponde a la realidad. Ese paradigma ha naufragado. (Traverso, 2018, p. 137)

Si bien, un gran número de fenómenos político-económicos coadyuvó a generar ese clima de zozobra y deriva propio del presentismo, en términos intelectuales el asunto no fue más alentador. A partir, sobre todo, de los años sesenta, comenzó a gestarse un giro en la ciencia social, éste fenómeno es visible de manera particular en la filosofía. Tópicos cuya explicación había sido el problema estructural de la desigualdad en la sociedad, ahora comenzaban a encontrar fundamento en otro tipo de manifestaciones. Lo anterior se dio, en gran medida, gracias a las tendencias y grandes filosofías que se habían gestado en la etapa entre guerras,

hablamos del psicoanálisis, la filosofía analítica y la fenomenología hermenéutica.

No es que estas filosofías tuvieran por objeto una tematización de lo social, antes bien, su influencia y el diálogo que entablaron con las tradiciones existentes derivaron en el viraje hacia maneras diferentes de abordar el asunto de la sociedad. Por ejemplo, la escuela de Frankfurt recibió un notable influjo del pensamiento heideggeriano, en especial de su etapa tardía, lo que los llevó a desarrollar el concepto de “razón instrumental” para explicar fenómenos desde una postura ontológica en conjugación con su orientación marxista.

Podemos interpretar este proceso como una suerte de fragmentación o giro subjetivista en el seno de los pensamientos sociales. Acontecimientos como las dos Guerras Mundiales, la crisis de 1929, la Guerra Fría y la carrera armamentista supusieron un fuerte cuestionamiento y una profundización del sentimiento generalizado de pérdida de fe en el proyecto de la ilustración, que ya se venía gestando desde principios de siglo. En términos filosóficos, las grandes narrativas iban perdiendo terreno y generaban mucha desconfianza al haber dado la espalda al pluralismo constitutivo del individuo.

Pensadores como Michel Foucault, Jean Baudrillard, Gianni Vattimo, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, entre otros, propulsaban lecturas con una carga subjetivista que relativizaba y buscaba, lejos de las condiciones históricas, las causas de los fenómenos sociales. La significación, la sexualidad, la cultura de masas, los medios de comunicación, la escritura, aparecieron como agentes sociales que intervenían en fenómenos como la desigualdad, la epistemología, la violencia, el colonialismo, etc. Si bien, sus planteamientos no eran, propiamente, de derecha; sí que contribuyeron a desviar el foco de atención del análisis social lejos de la interpretación económico-material de la desigualdad. Alex Callinicos señala al respecto:

A pesar de sus muchas diferencias, todos ellos enfatizaron el carácter fragmentario, heterogéneo y plural de la realidad, negaron al pensamiento humano la capacidad de alcanzar una explicación objetiva de esa realidad y redujeron al portador de este pensamiento, el sujeto, a un incoherente revoltijo de impulsos y deseos sub y transindividuales. (Callinicos, 2011, p. 9)

Esto se suscitó de manera paralela al proceso de difuminación del sujeto de desposeído y unitario de lo que podemos llamar la modernidad. Es decir, en términos tanto teóricos como económico-sociales, la tendencia fue cada vez más orientada hacia, por un lado, el relativismo subjetivista, como al individualismo por el otro. Ambos fenómenos marcaron la dirección y el carácter de la sociedad en las décadas siguientes. Por último, los movimientos de izquierda nacidos durante este tránsito comenzaron a concebir la militancia en términos más culturales, muy propio de su educación posmoderna, alejados de las conquistas laborales y con una profunda reserva frente al elemento político del Estado, como expresión de una estructura añeja que encarnaba el universalismo de la ortodoxia que no los representaba.

Uno de los grandes reclamos por parte de las nuevas izquierdas a las ortodoxias era el hermetismo con que habían operado y que, alimentado por la utopía de la igualdad, había vuelto la espalda a diferencias que iban más allá de lo material. “Unidad basada en la diferencia” constituye, aun hoy, un mantra para los nuevos discursos identitarios que buscan transgredir el orden establecido. Sin embargo, en un ejercicio de autocrítica y, si se quiere, subversivo, dicha unidad supone un conglomerado o congregación en torno a las diferencias, a lo disímil, pero, si lo llevamos al terreno material; económico del día a día, podríamos reinterpretar esta afirmación como unión basada en la desigualdad, el principio más originario, elemental y prístino del capitalismo.

Ante todo, sabemos que la primera objeción ante este ejercicio es el sacar de su contexto de enunciación la afirmación posmoderna por antonomasia. Sin embargo, tampoco son escasos los pensadores que han denunciado los peligros del intocable pluralismo que pulula en los nuevos movimientos sociales. Filósofos como Slavoj Žižek, Francisco Erice y el sociólogo Sergio Zermeño sugirieron ciertas perspectivas desde las cuales se anunciaba el peligro que envuelve a las izquierdas posmodernas de cara a la retroalimentación que llevan a cabo con el individualismo neoliberal.

Para estos pensadores, no sólo se trata de la fragmentación social que, quiéranlo o no, los nuevos movimientos de izquierda propulsan, sino que, incluso en términos de la ciencia social, generan una dificultad a la hora de emprender análisis al respecto.

El proletariado, el campesino, el desposeído, facturaba una noción muy certera a la hora de explicar fenómenos sociales: la conciencia de clase. Como herencia directa del marxismo, la conciencia de clase simplificaba la oposición entre poseídos y desposeídos en torno a los objetivos de la acción común, siendo indiferente que esta se tratara de movimientos sindicales, políticos, estudiantiles u obreros. Se trataba, en suma, de la confrontación y toma de conciencia de la situación material que definía al estrato al que se pertenecía.

Por tanto, no sólo el término proletario u obrero parece desdibujado del análisis social y del panorama político en general, también las ventajas conceptuales que otorgaba en términos de la interpretación de la sociedad. Esta dificultad ha supuesto cierta deriva en los estudios sociales que no encuentran una manera certera de conceptualizar los diversos cuadros sociales que se asoman en el panorama. Las propuestas de variados académicos e intelectuales como Antonio Negri, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Alessandro Ferrara y muchos otros, no convencen a la hora de partir de sus interpretaciones para generar o buscar frentes comunes.

El gran problema con las posiciones críticas posmodernas que han poblado el horizonte de las izquierdas en las últimas décadas, estriba en un encausamiento superficial, si se quiere, del asunto de la desigualdad e injusticia sociales. Los problemas que plantean, así como los proyectos para combatirlos, aparecen apenas como objetivos secundarios cuando el meollo estructural de una sociedad basada en la desigualdad económica-material sigue casi intacto. Más aún, el eco que han tenido en los últimos años gracias a los medios electrónicos de comunicación hace que el terreno de sus luchas, muchas veces, se vea ceñido a discusiones y controversias anónimas en el espacio virtual.

Es cierto que dichos movimientos tienen, de manera ocasional, momentos en que se apropian del espacio público para hacer explícitas sus demandas. Sin embargo, ello no quiere decir que mantengan una relación directa con el grueso de la población. Sus reclamos, muy legítimos la mayoría de las veces, suelen venir acompañados de un evidente divorcio tanto de la sociedad civil y sus urgencias inmediatas, como de las autoridades a quienes van dirigidas sus exigencias. Es difícil encontrar en el abanico de nuevas izquierdas, un programa bien definido que deje claro a quién o quienes se alza tal o cual reclamo.

El Estado neoliberal y la izquierda posmoderna: dos caras de una misma moneda

El Estado, como elemento *transhistórico*, representó en gran medida el agente a conquistar en la lucha por una sociedad más justa. En tiempos recientes, su lugar se vio erosionado al menos desde dos frentes: por un lado, el debilitamiento que supuso el proceso de neoliberalización con políticas privatizadoras, el desmantelamiento de derechos laborales y seguridad social, así como por la política de desregulación que limitó la acción del aparato estatal frente a capitales nacionales (cuando no supuso el crecimiento de la corrupción al ofrecer participación financiera a actores políticos). Y por el otro: una creciente fragmentación social de los sectores laborales que voltearon a ver otros ejes identitarios distintos de la desigualdad, la incorporación de los medios de comunicación y con ellos, la entrada masiva de muchos discursos en sintonía con las nuevas identidades, así como el profundo individualismo constitutivo de todo movimiento que busca en la subjetividad respuestas y explicaciones a su situación social.

Las alternativas utópicas se vieron también mermadas por la devaluación del proletariado como sujeto reivindicativo que trascendía las barreras ideológicas de género, “etnia”, orientación sexual y un largo etcétera, lo que quedó fueron un conjunto de colectividades que pasaron a conformar el grueso de nuevas izquierdas, con programas definidos pero cuya falta de unidad ha supuesto, muchas veces, la retroalimentación del panorama post-ideológico cuando no han sido paladines ocasionales de la derecha, como lo ha apuntado Enzo Traverso (Traverso, 2018, p. 45).

Podríamos preguntarnos, por otra parte, ¿cuál es la relación de los nuevos movimientos sociales con el neoliberalismo? Decíamos que esta forma del capitalismo está ligada con prácticas de desarraigo y desarticulación social en su búsqueda por el extractivismo, así como la apuesta por una despolitización radical que le salve de traspies en la desregulación del mercado. Aquí interpreto un fenómeno paralelo: la multiplicidad de movimientos podría estar generando un vacío de despolitización en ciertos elementos

sociales, las grietas que separan los objetivos diferentes de cada discurso reivindicativo.

No es descabellado pensar que el panorama post-ideológico retroalimenta la lógica de fragmentación social supuesta por la avanzada neoliberal, fenómeno en el cual los movimientos sociales, bajo cierta perspectiva, estarían abonando en su perpetuación. Al surgir ambos (neoliberalismo y nuevas izquierdas), casi al tiempo del derrumbe del socialismo real, los dos han complejizado el análisis social y la posibilidad de conformación de un frente que englobe objetivos de militancia amplios. En este sentido, se podría decir que estos nuevos movimientos han observado una postura hermética tanto o igual de cerrada que la que le reprocharon a la ortodoxia universal fundamentalista.

Además, luego de la caída del muro de Berlín, se sumó la dificultad de, en este panorama, intentar construir un nuevo horizonte utópico. Fenómeno que se topó con la resistencia de diversos sectores a suspender sus demandas identitarias en aras de adoptar un frente común. El Estado, o bien aparecía como un elemento hiperburocratizado, centralizador, rígido, hermético, casi como residuo de la ortodoxia que ignoró la pluralidad. O bien, se interpretó al Estado de Bienestar, como un agente paternalista, de control, que fomentaba el tan indeseable populismo.

El lugar del Estado está lejos de quedar zanjado ante este contexto. Las nuevas pluralidades no parecen tener claro qué lugar juega este elemento en su militancia, al estilo de los movimientos ortodoxos de los años 40 y 50 (derogación de leyes, creación de otras, desaparición de cuerpos castrenses, representación legislativa, etc.). Para el esquema neoliberal (y muchas de las derechas) su papel debe ser reducido: exención de impuestos, privatización de servicios, desincorporación de funciones, desregulación del mercado.

Frente a las propuestas de las nuevas izquierdas latinoamericanas, el asunto no ha sido más alentador. La Venezuela de Chávez, si bien, supo establecer un diálogo con sus ciudadanos, incluso a nivel de las nuevas izquierdas, su política económica de apuesta por el sector petrolero, la prematura muerte del mandatario, las diferencias con los Estados Unidos y la polémica figura de su sucesor, Nicolás Maduro, erosionaron la relación entre la ciudadanía y su gobierno. Con el elemento transnacional presente, los casos de Bolivia y Brasil han sido medianamente similares.

A esto se suma la presencia de sectores de clase media, identificados, crecidos y formados en la educación neoliberal, que ven con malos ojos la vuelta a lo público, al estilo del Estado de Bienestar. En Colombia, México y Perú, por citar algunos casos, fenómenos de racismo, clasismo y segregación se han suscitado en espacios públicos y políticos. Si bien, todos ellos tienen implicaciones en el proceso neoliberal-posmoderno, no podíamos dejar de mencionar la peculiaridad de cada uno en sus desarrollos diferenciales.

Consideraciones finales

Hemos intentado ofrecer una visión panorámica de un proceso histórico y sólo eso. Es evidente que la tarea urgente a resolver es la de dilucidar; primero: la posibilidad de un horizonte común de izquierdas que supere los desencuentros y dicotomías que el proceso de posmodernización ha supuesto. Segundo, establecer el papel del Estado frente a los capitales extranjeros, los servicios sociales, los sectores de derecha y las nuevas izquierdas. Una entrevista de Enzo Traverso sugiere que la derecha no ha gozado de ventajas en términos de la unidad y claridad de sus sectores y se halla, por decirlo así, en la misma deriva identitaria que la izquierda (Traverso, 2018, p. 19).

Los fracasos, económicos y políticos, de los modelos socialistas tanto en Cuba, la URSS, China, Chile, así como de los Estados de Bienestar de México y Argentina, su suplantación por regímenes autoritarios, el historial de represión y violaciones a los derechos humanos, del que gozan las fuerzas castrenses y policiales son apenas elementos que abonan en el debilitamiento del Estado como figura de confianza en América Latina. La exclusión llevada a cabo en ciertos regímenes socialistas hacia agentes subalternos como los homosexuales (por ejemplo, Cuba y la URSS), alimentan más la distancia entre sectores de nueva izquierda vinculados al movimiento LGBT y expresiones comunistas.

En nuestra región el asunto se torna más complicado cuando se toman en cuenta actores como los pueblos originarios. La propuesta autonómica planteada por diversas comunidades y desarrollada en el plano teórico por intelectuales de gran calibre como Francesca Gargallo o Luis Villoro no ha sido auspiciada

de manera efectiva sin que tampoco se haya comprobado su ineficacia. Como modelo de gobernanza, más bien, ha tropezado con problemas cuya resolución los estados liberales y las administraciones progresistas o de izquierda “post-dictaduras” no han logrado garantizar.

Además, debemos considerar otro gran factor que ha supuesto un desgaste de la figura del Estado en términos de gubernamentalidad. Se trata del tema de la violencia y el narcotráfico. En diversas latitudes algunas funciones del aparato estatal gubernamental fueron suplantadas por grupos criminales, al grado que ciertos aspectos o servicios básicos como educación, infraestructura, seguridad, empleo o cobro de impuestos fueron ofrecidos por cárteles o directamente por narcotraficantes. Por otra parte, la criminalidad y la economía que gira alrededor de ella, también tienen funcionalidad y lugar dentro del esquema neoliberal, como bien lo ha apuntado Pilar Calveiro (Calveiro, 2021, p. 25). Es decir, frente al panorama complejo de las posturas pluralistas de izquierda, también se erige el fenómeno de la criminalidad para ampliar la deriva sobre la que descansa el problema de la figura estatal.

William Davies nos ha ofrecido una periodización del neoliberalismo que resulta muy útil para identificar las etapas que ha observado esta modalidad del capitalismo. Al periodo comprendido entre 1989 y aproximadamente el 2008, Davies lo ha caracterizado como “normativo” y constituye la época dorada de la globalización, el ascenso del pensamiento empresarial y la incentivación de la meritocracia, según la cual, toda actividad humana debía orientarse en torno a la competencia, lo que garantizaría que los que “sobresalieran” fueran los más “valiosos”, dejando al gobierno (y con ello al Estado) como una entidad garante de la competencia (Davies, 2016, p. 136).

Semejante ideología, sostenida durante tres décadas, comenzó a generar consecuencias, a decir de Davies, con la crisis financiera del 2008. Podríamos también añadir el inicio de las oleadas migratorias alrededor de dicho periodo. Coincide, también, con una suerte de “repliegue” de grandes capitales y el inicio de la explosión masiva de cierta opinión anti-migrante vinculada a expresiones de derecha o ultra-derecha. Podría decirse que las consecuencias de un modelo basado en el extractivismo y el desplazamiento provocaron un proceso de “desglobalización”, muchas de las veces, auspiciado por sectores sociales que otrora se vieran beneficiados por el mismo.

Referencias

- Callinicos, A. (2011). *Contra el posmodernismo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones RyR.
- Calveiro, P. (2021). *Resistir al neoliberalismo: comunidades y autonomías*. Ciudad de México, México: Siglo XXI Editores.
- Cerutti-Guldberg, H., y Ogarrío, G. (2021). *Cuando todo era posible: entre los populismos clásicos (1934-1955) y la escena contemporánea*. Ciudad de México, México: Universidad Nacional Autónoma de México, CIALC.
- Davies, W. (2016). El nuevo neoliberalismo. *New Left Review*, (101), 129-143.
- Hartog, F. (2003). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. Ciudad de México, México: Universidad Iberoamericana.
- Rouquié, A. (2011). *A la sombra de las dictaduras: la democracia en América Latina*. (V. Goldstein, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha. Conversaciones con Régis Meyran*. (H. Pons, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editoriales.
- Zermeño, S. (1996). *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*. Ciudad de México, México: Siglo XXI Editores.
- Žižek, S. (2010). *En defensa de la intolerancia*. Aranjuez, España: Diario Público.

